



"Olvida los tambores", de Ana Diosdado

Frenazo a la juventud, a cargo de una autora joven

Lo mejor —o, al menos, lo que ha hecho que la pieza alcance muchas más representaciones de lo normal— de "Olvida los tambores", es que se ocupa de un tema muy actual en la sociedad española de nuestro tiempo, como es el contraste— y, en ocasiones, choque —entre la manera de vivir de los jóvenes inconformistas, por un lado; de los jóvenes conformistas, por otro; y de los padres de aquéllos y de éstos, que continúan apegados a los viejos prejuicios. Dice la autora, Ana Diosdado, en la antecrítica: "La tesis, por llamarla así, de "Olvida los tambores", tenía ambiciones modestas. La polémica al respecto las ha sobrepasado con mucho". La verdad es que si se ha producido — y parece que sí— tal polémica, es sencillamente porque la pieza señala tanto los defectos como las virtudes de sus personajes (de todos ellos), en busca de una objetividad que, si bien se consigue en general, deja de serlo en el segundo acto, cuando la autora se ensaña —más que con nadie— con los jóvenes inconformistas, lo cual constituye, se mire por donde se mire, una actitud más reaccionaria que progresista, sorprendente en una autora joven.

El diálogo de "Olvida los tambores" y este es otro de los méritos importantes de la obra, además de la oportunidad de la temática —es muy del momento y cala rápidamente en el espectador, que se siente implicado con mucha facilidad en

lo que acontece en el escenario. Nos gustó mucho menos la presencia de ese personaje, llamado Nacho, que pasa a ser, sin que venga demasiado a cuento, interrogador y, de alguna manera, juez. Parece como si la autora dudase de su acierto en el retrato de los personajes y llamara a Nacho para que, con mucha claridad, insistiera en las características de cada uno.

Otro factor negativo es que el tono de voz de los actores hace que el público pierda una buena parte del diálogo. Deberían buscar alguna fórmula viable para que, en sucesivas representaciones, no se repita esta anomalía.

El Romea estaba anoche lleno y esto es algo verdaderamente alentador. El público siguió con gran interés el desarrollo de la trama y aplaudió largamente al final, si bien se escucharon algunas voces aisladas de disconformidad. Muy meritosa —y bien sabida— interpretación, sobre todo por parte de María José Alfonso, a quien le suponemos alguna afección pasajera de garganta; y de Pastor Serrador. Emilio Gutiérrez-Caba, que es un buen actor, nos gustó más en el personaje de Pepe, con el que se presentó en Madrid. Es, sin duda, una pieza digna —más que nada, por entrar valientemente en una parte de la problemática de la España de hoy— a cargo de una compañía igualmente digna.

MONASTREL